

---

## JULIO CARO BAROJA

### Y LA COMPLEJIDAD DE LO REAL

Juan Antonio Ruescas Juárez

En otro trabajo, inmediatamente anterior a este ya se citó una audaz afirmación de Marcel Légaut: *la meditación del pasado cristiano enseñará al creyente más cosas que la lectura de las Escrituras* (1). La tarea a la que llaman estas palabras no tiene fin, pero sí tiene etapas ubicables en la memoria del que medita, por haber proporcionado este o aquel hallazgo. El hallazgo del que dan cuenta estas páginas es el del historiador y etnógrafo Julio Caro Baroja (1914-1995).

En uno de sus libros, Caro Baroja se confesó idealista, a su manera. Evocando a Platón, dijo que, ante las miserias de este mundo, creía hallar consuelo en un mundo de ideas que se entrevé «fuera de la propia caverna». La escritura de una serie de semblanzas de personas significativas fue, en aquella ocasión, el modo de vislumbrar el mencionado mundo de ideas. De ahí el título del libro: *Semblanzas ideales*. Refiriéndose a su personal «mundo de las ideas», escribe:

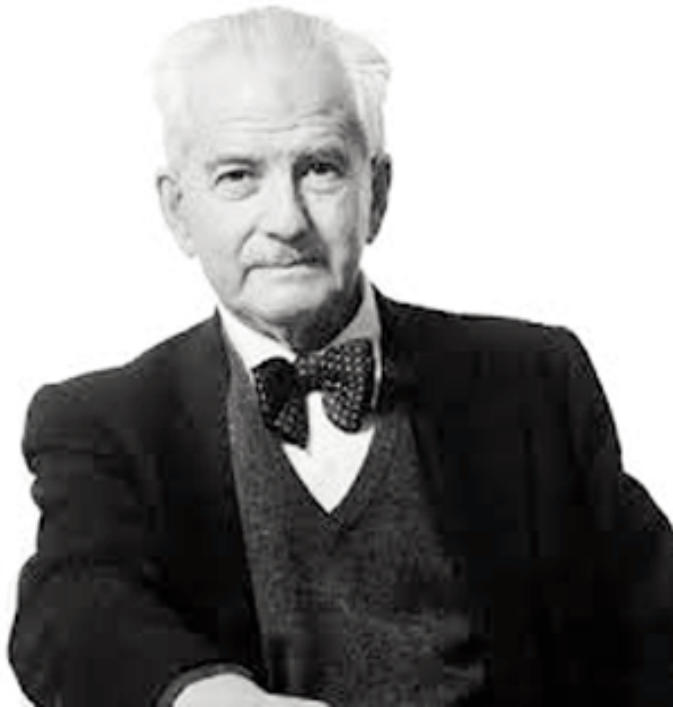
Unos hombres muertos, unos hombres ejemplares, pura idea y vocación, lo representan mejor que nada y que nadie. A ellos me agarro, como el náufrago a la tabla. Y aquí rindo mi tributo, mi homenaje de admiración y simpatía a varios que conocí de niño o adolescente, de joven también (2).

Esta quiere ser otra *semblanza ideal*, pero, en este caso, del propio Caro Baroja.

---

(1) La frase de Marcel Légaut está en *Reflexión sobre el pasado y el porvenir del cristianismo*, AML, 1999, pp. 109. El trabajo aludido es «José Jiménez Lozano o el esfuerzo por comprender» (*Cuadernos de la diáspora*, 28, pp. 111-140).

(2) Julio Caro Baroja: *Semblanzas ideales*. Madrid, Taurus, 1972, p. 13. Este volumen contiene las semblanzas de Pío Baroja, Ricardo Baroja, Azorín, Giner de los Ríos, Manuel B. Cossío, Alberto Jiménez Fraud y Ramón Menéndez Pidal, entre otros.



*Julio Caro Baroja (1914-1995)*

---

## 1. CONTEXTO Y PERIPECIA

Julio Caro Baroja nació en 1914, en Madrid. Su padre fue el editor Rafael Caro Raggio; su madre fue Carmen Baroja, quien, a pesar de ser conocida por ser hermana de Pío Baroja, tuvo su propia personalidad intelectual (no poco influyente en su hijo). Otro hermano de Carmen fue el pintor Ricardo Baroja. Pero, de todo este mundo familiar, Pío Baroja fue, sin duda, la persona que más influjo ejerció sobre Julio Caro (al menos en el terreno de las ideas).

A comienzos del siglo XX, tres generaciones de los Baroja vivían en Madrid, en diversos apartamentos de una misma casa del barrio de Argüelles. Era una familia de tradición liberal, dato que don Julio subraya con frecuencia.

Aquella casa fue casa de liberales de verdad y no una sucursal de escuelas doctrinarias, como lo eran otros hogares de la burguesía tenida por «avanzada» en este país de gente dogmática en esencia. (*Semblanzas ideales*, p. 123)

Pero no fue cualquier liberalismo el que Caro Baroja quiso recibir, como heredero. En las «memorias familiares» que tituló *Los Baroja*, dice que, para él, ser liberal no consistió en entroncar con «los viejos progresistas, más o menos esparterianos, patrioteros y centralistas», ni con «el librecambismo y otras pacotillas». El liberalismo en el que pensó, y con el que dijo soñar, fue «el que hace de la libertad de conciencia individual la base de toda operación política y social». Actitud necesaria, a la vista de la impresión que le causaba su época:

Hay huestes enteras dispuestas a salvarnos y a ordenar qué es lo que tenemos que hacer y que pensar con este fin: huestes de revolucionarios y de reaccionarios, de generales, obispos, líderes obreros, catedráticos, estudiantes, señoras de orden, damas rojas, beatas de misa de seis y doctrinarios, que todo lo saben. Todos odian la libertad; es decir, la libertad ajena, porque la propia facultad de opinar y de imponer violentamente una opinión no están dispuestos a cederla (3).

---

(3) Julio Caro Baroja: *Los Baroja (Memorias familiares)*. Taurus, Madrid, 1972, p. 255-256.

Esta afirmación de la libertad de conciencia individual como primer principio moral se relaciona con cierto escepticismo, tal como se aprecia en el siguiente fragmento, que pertenece a un libro de 1974 titulado *De la superstición al ateísmo*. Al comienzo de este libro, tras haber aludido a «los creyentes» y a «los que no lo son», dice Caro Baroja:

Desde el punto de vista de los que clasifican, en bloque, dogmáticamente, el que esto escribe pertenece a la segunda categoría. La cosa es más difícil de resolver desde su propia conciencia. ¿Qué es creer? En un país como España es más difícil averiguarlo que en otros más sosegados. Por de pronto, desde el punto de vista social y político, el que escribe, en conversaciones con jóvenes españoles, apasionados y creyentes (creyentes en Mao o en Lenin, lo mismo que si son creyentes en profecías o providencialismos patriótico-religiosos), les ha recomendado con humildad y timidez (también por la cuenta que le trae): —Bien. Crea usted; pero crea poco. Porque si cree mucho y puede aplicar su creencia o creencias nos aplastará a los demás, y usted comprenderá que pensar esto no nos resulta agradable. —Hay que creer. Sí. Hay que creer; pero acaso no *creer poco*, sino *como si se creyera poco*. Creer para uno. No creer para actuar de modo descompasado y poniendo a los demás en entredichos sucesivos. Crea, pero no moleste. Crea, pero no dogmatice demasiado en público. ¡Quién sabe lo que está reservado al objeto de su creencia! A San Cristóbal o San Jorge, Trotski o a Stalin. La negación o el interdicto. Aténgase a la experiencia.

Hay que creer suave, reposadamente: incluso cuando se trata de creer en la propia incredulidad. Me contaba hace años, con humor, un discípulo predilecto de don Francisco Giner de los Ríos que cierto viejo pedagogo de origen institucionista, pero muy radicalizado, le decía una vez, refiriéndose a otro del oficio: — Ya ve usted, don Alberto (4). ¡Qué hombre más *atrasado*! *Todavía* cree en Dios. — Crea usted que Dios no existe. Bien; pero no me quiera imponer su creencia. Crea usted que Dios existe; pero no pida el restablecimiento de la Inquisición. No crea usted poco; pero actúe como si creyera poco. Al menos cuando se trate de

---

(4) Seguramente se trata de Alberto Jiménez Fraud (1883-1964), discípulo de Giner de los Ríos y director de la Residencia de Estudiantes. Caro Baroja le dedica una de sus *Semblanzas ideales*; la titula: «Alberto Jiménez Fraud, o el servicio intelectual»

coaccionar. De lo contrario, otra vez quemas de Iglesias, de conventos, de imágenes. Otra vez juntas de fe, tribunales de purificación o depuración. Según las tornas. Esto, visto desde una posición de historiador, empieza a ser aburrido. Aguantado, es más que molesto: es vergonzoso, indecoroso para los individuos, y más aún para las colectividades. (5)

El liberalismo de los Baroja en general, así como el de Julio Caro en particular, se relaciona con una tendencia anticlerical tan claramente afirmada como pacíficamente vivida: «Yo provenía de una familia que podría definirse como anticlerical en esencia», dice en la introducción a un libro suyo sobre este tema, aunque esto no le impidió colaborar con sacerdotes católicos en una obra colectiva sobre este asunto; dicha colaboración se concretó en su *Introducción a una Historia Contemporánea del Anticlericalismo Español* (1980). Allí escribe que, a pesar del ambiente anticlerical en el que creció, de cara a participar en este proyecto pudieron más «la curiosidad común, el propósito de enterarse mejor del hecho, y cierta buena voluntad por mi parte...» (6).

Caro Baroja se dice madrileño, pero su verdadera casa familiar parece haber sido «Itzea», en Vera de Bidasoa (Navarra) (7). Allí paseaba y conversaba largamente con su tío Pío; allí murió su tío Ricardo. Don Julio, en fin, se consideraba tan vasco y tan navarro como madrileño: el eusquera le era familiar, escribió diversos trabajos sobre el mundo vasco, y el paisaje del norte tuvo para él más significado que la meseta: «Llegar de Vera a Castilla era cambiar la vida por la muerte. Creo que esta concepción del paisaje ideal ha influido no poco en mis ideas» (*Los Baroja*, p. 122).

---

(*Semblanzas...*, p. 226 ss.). Antes de recogerse en este volumen, dicha semblanza apareció en el nº 16 de la *Revista de Occidente* (julio, 1964), con ocasión de la muerte de Alberto Jiménez Fraud.

(5) Caro Baroja: *De la superstición al ateísmo. Meditaciones antropológicas*. Taurus, Madrid, 1986 (1ª ed.: 1974), pp. 11-12.

(6) Julio Caro Baroja: *Introducción a una Historia Contemporánea del Anticlericalismo Español*. Madrid, Istmo, 1980, p. 9.

(7) El topónimo euskaldún parece ser «Bera», pero J. Caro Baroja utiliza el castellano: «Vera».

Estudió Caro Baroja en el Instituto Escuela, que estaba vinculado a la Institución Libre de Enseñanza: «...de chico no fui ya a la Institución, pero sí al Instituto-Escuela, y allí pude tratar a profesores y alumnos muy vinculados con la misma». Entre los recuerdos que Caro Baroja tiene de este centro educativo, podemos destacar también este otro:

Se ha dicho que el Instituto era un refugio de gente laica y hostil a la Religión. La verdad es que había recibido muchos elementos educados al calor de la Institución Libre de Enseñanza. Pero también había profesores que hacían gala de catolicismo y conservadurismo, y he de aclarar, sin ambages y a riesgo de parecer sectario, que no eran los que más tono moral e intelectual le daban. Había entre ellos algún tipo frío y bastante cínico (*Los Baroja*, p. 161).

Llegó después el paso a la Universidad, momento que, en la memoria de don Julio, está asociado a otro recuerdo: el de la evolución de su actitud ante la Segunda República. Y es que, si el cambio de régimen fue importante para la sociedad en general, ciertamente lo fue de manera especial para los jóvenes que estaban en pleno periodo de formación. A este respecto hay que señalar que, pese a su liberalismo, Caro Baroja muestra poco entusiasmo con la República:

Yo conozco un erudito español que tiene redactado su epitafio, que dice esto, poco más o menos: *Aquí yace Fulano de Tal y de Tal... Vivió en el error, es decir, en el seno de la Iglesia Católica, durante dos meses de su vida*. A mí con la República me pasó lo que a este erudito con la Iglesia. Viví creyendo que era algo muy importante un poco de tiempo» (*Los Baroja*, p. 219).

Comparte esta actitud con su tío Pío, tal como recuerda en varias ocasiones. Pero hay que aclarar que, en rigor, tanto Pío Baroja como su sobrino eran escépticos, no con respecto a la idea republicana como tal, sino con respecto a los líderes políticos republicanos de los años treinta.

Volviendo a la trayectoria intelectual de Caro Baroja, recordemos que fue estudiante de letras y que se orientó hacia el estudio de la historia (de la prehistoria, sobre todo). También profundizó en el conocimiento de la antropología social inglesa y la antropología cultural nor-

teamericana. Ahora bien, aunque la antropología formó parte de su personal punto de vista, se describió a sí mismo como *historiador social*, más que como etnólogo o antropólogo (cf. *Semblanzas ideales*, p. 283).

Cuando empezó la guerra del 36, don Julio no fue militarizado, debido a problemas de salud. «Encerrado» en la biblioteca de Vera, leyó «como nunca he vuelto a leer», según leemos en la reseña biográfica adjunta a sus *Disquisiciones antropológicas* (8). A comienzos de los años cuarenta, fue ayudante de dos cátedras de la Universidad de Madrid: la de Historia Antigua de España y la de Dialectología. Después trabajó para el agregado cultural inglés en Madrid, Walter Starkie.

En 1944 lo nombraron director del Museo del Pueblo Español de Madrid, cargo en el que permaneció once años. Con ocasión de su dimisión de este cargo, revela algunos rasgos destacados de su carácter: «Soy un hombre con extraña tendencia a la dimisión. También a escabullirme o evitar trincas académicas, congresos y cosas por el estilo» (*Disquisiciones...*, p. 449).

Hubo después alguna posibilidad de incorporación a la Universidad. Pero Caro Baroja terminó desechando la idea. Lo cual, sin embargo, no impidió que, en la década de los cincuenta, tuviese varias estancias en universidades de Estados Unidos e Inglaterra. También hizo estudios de campo en el Sahara y en Marruecos. Profundizó así en temas islámicos, lo cual, según cuenta el mismo Caro Baroja, está en el origen de su interés por los moriscos (*Disquisiciones...*, pp. 450-451).

Tras los difíciles años de la postguerra, los años sesenta y setenta fueron «menos dramáticos». Poco a poco, los apuros económicos (que habían sido serios en su familia) quedaron atrás. Por otra parte, empezó a ser más conocido. Lo nombraron académico de la Historia y también de la Lengua. En 1983 recibió el Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales. Pero siempre mantuvo su típica insatisfacción (sin amargura):

---

(8) Julio Caro Baroja: *Disquisiciones antropológicas. Conversaciones con Emilio Temprano*. Madrid, Istmo, 1985, p. 448.

La vida pasa (o pasó), y las últimas experiencias me hacen comprobar que soy una especie de Rip van Winkle <sup>(9)</sup>. Mi imagen de España, mi imagen del País Vasco, mi imagen de la Universidad y de la vida política nada tienen que ver con lo que es. Esto que es, tiene que ser así. Pero, si tiene que ser así, lo prudente y lo pertinente es dejarlo que sea y retirarse por el foro. (...)

Esperar. Esperar la muerte con tranquilidad, con serenidad. Morirse es algo que le ha ocurrido a tantas personas importantes que no hay por qué estar alborotado ante la idea de la muerte propia. La cuestión es que esta no sea demasiado dolorosa, molesta o envilecedora. ¿Qué puede hacer uno cuando ocurre algo que ni le gusta, ni llega a comprender bien? Por otra parte: ¿qué importa que lo que pase le guste a uno o no, lo comprenda o no? Esta no es mi España «regenerable»; no es este mi «País Vasco mejorable» ni esta mi Universidad. Pero son así.

No soy un evolucionista de misa y olla de esos que creen que lo último, por fuerza, es lo mejor. Creo que todo fluye..., pero como lo creía el difunto Heráclito. Este momento del fluir español no es el mío, ni el de los míos. Sé ya que ese momento mío ha sido siempre más imaginario que real, y vivo de la imaginación (*Disquisiciones...*, pp. 452-453).

El último y discreto *retiro por el foro* de Caro Baroja, su *mutis* final, se produjo en el verano de 1995, en Vera de Bidasoa.

## 2. TEMPERAMENTO E IDEAS

Más allá de la peripecia vital de Caro Baroja, nos interesa su manera de contemplar el mundo, la historia, el ser humano dentro de ella y, concretamente, a sí mismo. Para abreviar: nos interesa su vida espiritual; vida espiritual que no es cristiana, ni siquiera religiosa, quizá. Lo cual da más valor a su capacidad de apreciar lo que hay de apreciable en las grandes tradiciones religiosas de su entorno cultural (que es el nuestro).

---

(9) Caro Baroja alude a un relato de Washington Irving, escritor estadounidense del siglo XIX. El protagonista, Rip van Winkle, se adentra un día en las montañas y, habiendo dormido durante largo tiempo, regresa a su pueblo; pero el mundo que encuentra ya no es el suyo.



Caro Baroja dice ser poco religioso («al menos en lo exterior»), y no oculta que, desde su juventud, tuvo «poca simpatía por la gente de Iglesia» (*Los Baroja*, p. 111). De tener alguna religiosidad, esta habría sido «pagana» y «politeísta». Veamos ahora, con más extensión, un fragmento que ya habíamos empezado a citar:

Llegar de Vera a Castilla era cambiar la vida por la muerte. Creo que esta concepción del paisaje ideal ha influido no poco en mis ideas: incluso en las que pudiera llamar ideas religiosas. Temperamentalmente soy un pagano, un politeísta. Para los adoradores de un Dios único supremo, hacedor de todas las cosas, no hay ambiente mejor que el de los grandes desiertos. La tierra es una línea y la bóveda celeste es la morada de la divinidad, el hombre reza cara al firmamento, Castilla hasta cierto punto es un país parecido al desierto y propio para pensar en Dios: así, en singular y con mayúscula.

Pero el hombre que va camino de su rincón familiar una noche estrellada, por un valle rodeado de montañas, donde se oyen ruidos de hojas, rumores de agua, ligeras brisas, todo en la oscuridad casi completa, se siente sobrecogido por otras emociones, y poco le faltará siempre para creer en viejos y humildes númenes de los árboles, de las aguas, de las rocas, en seres medio humanos, medio demoniacos, medio naturales. Yo he cultivado, pese a mi racionalismo básico, el sentido poético, demoniaco, de la Naturaleza, y si no fuera porque no puedo llegar a darle un carácter religioso formal, me gustaría llevar a cabo de vez en cuando un pequeño sacrificio nocturno, una modesta libación; realizar un pequeño rito privado. [...]

Si pienso en mí como si fuera un muerto, creo que por mis ideas debo estar en el Cementerio civil de Madrid, con mi tío Pío. Pero físicamente me gustaría ir al cementerio de Vera, frente al Bidasoa, con mis abuelos y mi tío Ricardo. Porque la tierra, la tierra vasca, ata al que ha pasado su niñez sobre ella y aunque no haya estado acorde con lo que piensan y sienten muchos de sus pobladores. Es la tierra madre por excelencia: severa, dulce. Sin pretensiones (*Los Baroja*, pp. 122-123).

Recuerda don Julio que, de los once a los trece años, tuvo mucho interés por la clase de religión. Lo que no impidió una posterior y más o menos rápida deriva hacia el «agnosticismo juvenil» compati-

ble con «rachas más o menos agudas de antipatía o simpatía por la Iglesia, según la veía perseguida o perseguidora» (*Los Baroja*, p. 161). En su vida de adulto persistieron estas fluctuaciones, que eran fruto del rigor intelectual y de la ecuanimidad, no de la veleidad <sup>(10)</sup>.

En cualquier caso, la religión fue siempre uno de los grandes intereses de Caro Baroja. Hubo un momento en el que le apasionó la Historia de las Religiones, y se lanzó a leer los numerosos libros que su tío Pío tenía sobre estos temas. De esta experiencia dice haber salido «con una simpatía acentuada por el politeísmo como sistema y por el paganismo como práctica» (*Los Baroja*, p. 230). Subraya sobre todo su aprecio por cierto inmanentismo de raíz griega:

Ahora sigo creyendo también que los pueblos del Mediterráneo que han tenido una idea clara de las limitaciones de la vida, de las diversidades, oscuridades, matices y contingencias de que está llena, son los que nos han dejado una herencia mejor, no solo para el desarrollo de las artes y las ciencias, sino también hasta para el de las concepciones religiosas y filosóficas. Los griegos son los maestros para partir de limitaciones constantes. En cambio, los que han partido de la idea de un Dios único de dimensiones infinitas no han hecho más que producir fanáticos y dogmatizantes. El Dios infinito es el de los desiertos; los dioses especiales son los de los montes, las bahías, los bosques, las islas griegas. Cuando oigo a algún sabio orgulloso, de estos que en España abundan, que hace alarde público de su religiosidad, decir de alguien o de algo, con horror, que es «pagano», me irrito sobremanera. ¡Qué más quisiéramos hoy que tener una sólida religión pagana a nuestro servicio! (*Los Baroja*, p. 230).

Serena aceptación, pues, de las limitaciones de la vida, y de la limitación última, la de la muerte, que Caro Baroja asumió con talante griego y romano (estoico, para más señas). En efecto, la muerte de sus seres queridos le inspira esta reflexión:

Había pensado muchas veces que la década de 1950 a 1960 sería inexorable, fatal, para los míos, dada la edad que tenían. (...) Ahora ya siento

---

<sup>(10)</sup> Recuérdese que, en el Instituto Escuela, la clase de religión era opcional y el joven Julio Caro cursó esta materia (*Los Baroja*, p. 160 ss.).

que estoy en primera fila ante los golpes de la guadaña. Mas, fríamente, pienso: «¿Qué más da?» Y aun no solo pienso esto, sino que creo verdadera la vieja divisa estoica: «muerte, no eres un mal». No eres un mal en ti misma. Eres un mal cuando te ciernes alrededor y haces desaparecer a los seres queridos, cuando te llevas al bueno y dejas al malo, cuando te cebas en la juventud, cuando apareces estúpida, brutalmente en una sociedad confiada. Pero la muerte absoluta, es decir, mi muerte, que es la única que he de sentir sobre el cuerpo, ¿por qué va a ser un mal? Vital es no desearla y huir de ella, y yo no me aparto del sentimiento general (...). Cuando pienso fría, serenamente, o al término de una jornada fatigosa, se me ocurre que la eutanasia también es un privilegio, y que fue afortunado César al morir como había deseado, de muerte «*subitam celestemque*» (*Los Baroja*, p. 535).

### 3. RAÍCES BIOGRÁFICAS DE UNA INQUIETUD

El aprecio de Caro Baroja por la libertad de conciencia (y, consecuentemente, su rechazo de toda forma de imposición, especialmente en materia de religión) tuvo raíces biográficas. En las «memorias familiares», hallamos el relato de bastantes episodios significativos a este respecto. Recordemos tres de ellos.

Al comienzo de la Guerra Civil, su tío Pío Baroja marchó a Francia. Cuando pudo volver, tuvo lugar, en Vera de Bidasoa, una escena que impresionó a su sobrino:

Pocos días después de llegar [Pío Baroja] a Vera, se presentó en casa un brigada de la Guardia Civil que había tenido una actuación no muy feliz y generosa en el pueblo durante los años anteriores. Era un cabezota pequeño y pedante. (...) Quería informarse, personalmente, de las autorizaciones que tenía mi tío para volver a España. (...) Cuando el cabezota se convenció de que todo estaba en regla, ocurrió, en unos segundos, algo que es lo que más me ha impresionado en mi vida: se encara con mi tío y de una manera presuntuosa le pregunta:

– ¿Y cómo andamos de religión?

Mi tío se alteró un poco y respondió:

– Pues bastante medianamente.

Pero la respuesta apenas tuvo importancia en aquel instante. Porque mi madre, que se había levantado rápida, con un gesto irónico y frío que solía tener en las pocas ocasiones en que se encolerizaba, y que además era como involuntario, dio a entender al brigada que su actuación había terminado, y fue aquel gesto femenino de tal fuerza, que el hombre salió de casa un tanto inseguro de sí mismo y hasta balbuciendo alguna excusa.

Después he pensado muchas veces en aquella escena y me digo a mí mismo que cuando un brigada de la Guardia Civil tiene autoridad para preguntar a un escritor famoso, de cerca de setenta años, cómo anda de religión, en el país que esto ocurre ha debido ocurrir algo gravísimo (*Los Baroja*, pp. 361-362).

Seguramente, lo «gravísimo» que había ocurrido para que una escena así fuese posible era que la religión y la política habían andado demasiado revueltas en España desde hacía siglos.

El segundo episodio digno de recuerdo es la muerte de su otro tío, el pintor Ricardo Baroja. Lo que Julio Caro cuenta a este respecto nos permitirá entender un poco mejor su propia idiosincrasia y, en general, la de los Baroja.

Ninguno de los míos ha muerto con facilidad o de modo imprevisto. (...) Y de ellos, el que hubo de morir de modo más trágico, considerada la cosa desde un punto de vista intelectual, fue mi tío Ricardo. (...)

Mi tío Ricardo vivía alerta. Se daba cuenta de todo lo que pasaba alrededor y pronto vio que el pueblo [Vera de Bidasoa] se ocupaba de un modo hartado particular de su persona. Durante años, a nuestra casa no había venido ningún cura. De repente empezaron a menudear las visitas del párroco: con mi tío las conversaciones eran protocolares, con su mujer se tocaban fibras más sensibles. Unas veces era la salvación del alma lo que se discutía, otras el escándalo público y hasta la posibilidad de enterrar fuera de sagrado al impenitente. La Iglesia, representada en 1953 por un humilde párroco de pueblo, cambiaba la táctica con relación a 1912. Los tiempos eran otros. Lo que fue fácil a mi abuelo, es decir, morir a su gusto, no le fue posible a su hijo. Pero como para este lo principal era dar satisfacción a su mujer y a la sobrina de ella, pues les tenía un cariño profundo, un día llamó él mismo al párroco y se vio en

Vera recibir los auxilios espirituales al más empedernido anticristiano que ha podido vivir en el país vasco. (...) Todo el mundo estaba satisfecho, todo el mundo creía haber cumplido con su obligación. El único al que no se pidió su juicio fue al enfermo. Este fue, sin embargo, el que se sacrificó: indiferente, sonriente, en apariencia. Lo que llevaba por dentro yo sí lo sé.

(...) Durante varias tardes le leí, alternados, trozos del libro V de Lucrecio y los capítulos de Gibbon referentes al cristianismo. Mi tío Ricardo no había cambiado. Tenía entonces, como siempre, un amor grandísimo por la cultura antigua, y consideraba que el cristianismo era una cosa triste y poco interesante. (...)

Las circunstancias en que murió mi tío hicieron que mis sentimientos anticlericales se avivaran algo. Entonces incluso pensaba con insistencia que había que ir contra todas las formas actuales del cristianismo, tanto el católico como el protestante, que era necesario también luchar contra los nacionalismos excesivos y la idolatría del poder político; que había que destruir lo que están inculcando al mundo las grandes potencias del siglo y olvidar lo que le enseñaron las de la época inmediatamente anterior. La vida del hombre –pensaba– es más que todo lo que nos enseñan los políticos o no es nada. Me aferraba a los presocráticos y a los sistemas morales creados en el mundo helénico. He aquí lo que convenía más a mi ánimo allá a fines de 1953, cuando recibía las noticias del pueblo, las llamadas telefónicas de los periodistas que querían apuntar el tanto, las observaciones impertinentes de algunos hombres de izquierda, que tenían a sus hijitos e hijitas bien casados por la Iglesia y que estaban dispuestos a llamar al cura al menor síntoma de enfermedad (*Los Baroja*, pp. 535-537).

La tercera experiencia de don Julio que vamos a recordar tiene que ver, otra vez, con Pío Baroja. Cuando la salud del novelista estaba ya bastante deteriorada, sufrió cierta caída que habría de tener consecuencias fatales. Lo primero que hubo que hacer fue una operación para «componer el fémur». Así se hizo, en una clínica del antiguo barrio de la familia: Argüelles. Pues bien, Caro Baroja tiene el siguiente recuerdo de lo que le preocupaba, con ocasión de esta hospitalización:

En esto sí que intervine con decisión, porque temía las asechanzas monjiles y otras maniobras envolventes, enderezadas a un único fin, que, según mi criterio, era el de amargar las últimas horas de mi tío y sacar una ventajilla dialéctica, para consuelo de beatas y tartufos. (...) Mi tío –se decía– era no solo anticlerical, sino anticristiano. Esto le había ocasionado muchas persecuciones de hecho. Sobre todo desde 1936, aunque no fuera republicano o cosa parecida. Conocido es el empeño que se pone en «convertir» y hacer que mueran en el seno de la Iglesia los réprobos. Aquí y fuera de aquí. Un año después de muerto mi tío hubo mucho revuelo en Francia en torno a la muerte de Herriot <sup>(11)</sup>. Un año antes, en Madrid, se habló más de la cuenta en torno a la de Ortega. Después, en relación con las de Pérez de Ayala y Azorín. Es increíble la significación que se da al hecho de que, a la hora de morir un hombre, cuando apenas es ya nada, haga esto o aquello. En la valoración del gesto final, tan cerradas de mollera y primitivas son las gentes de derecha como las de izquierda. (...) Al entrar mi tío Pío en estado preagónico, hubo varios movimientos para obtener que se «reconciliara». Creo que en las sesiones de la Academia Española el obispo de Madrid, que nunca se había distinguido por su afecto hacia mi tío, inició alguna gestión: siempre muy indirectamente, a través de la parroquia del barrio. Más grave fue que en casa alguna mujer indiscreta hablara del asunto cuando yo no estaba presente, y propusiera una maniobra sin contar conmigo. (...) Previendo presiones y amenazas como las que se habían experimentado al morir Ricardo, compré una sepultura en el cementerio civil. (...) Con los primeros bajones de temperatura el tío se puso peor. Al fin le sobrevino una pulmonía traumática y se precipitó la muerte sobre él (*Los Baroja*, pp. 543-546).

Y esto es lo que recuerda del día del entierro:

---

(11) Édouard Herriot fue varias veces jefe de gobierno de la tercera República francesa. Sobre el «revuelo» aludido por Caro Baroja también escribió Jiménez Lozano en «Evocación humilde de un viejo anticlerical»: «Cuando la muerte de este [de Herriot], en 1957, se dio, una vez más, la vieja y anacrónica estampa de la disputa de la conciencia de un hombre, a la hora sagrada de la muerte, para poder proclamar que murió bajo el signo de una determinada ideología» (Jiménez Lozano: *La Ronquera de fray Luis*. Barcelona, Destino, 1973, pp. 126-133).

Se bajó el ataúd al coche. Hemingway, Cela, Pérez Ferrero, el editor del tío y otros lo bajaron. Se organizó una comitiva como se pudo, con Val y Vera [un amigo de la familia] y conmigo en cabeza. Detrás iba el ministro de Educación, Rubio; una representación de la Academia y gente heteróclita: estudiantes, mujeres, algún obrero. Tras andar un poco, fuimos montándonos en autos para ir al cementerio civil. (...) Llegamos mucha menos gente que la que salió de casa al cementerio civil. Unos jóvenes de San Sebastián traían tierra de Guipúzcoa para la tumba. El recogimiento fue grande en aquella hora. Un caballero de los soliviantados, no poco escandalizado por la cosa, decía al salir: «¡Pero si en este cementerio hay cruces!». Se conoce que creía que allí debía de haber figuras diabólicas, o cuando menos masónicas. Volví a casa rendido, pero tranquilo, y le dije a don Juan Menéndez que se quedara a comer conmigo. Al final de la comida tuve una llamada telefónica de la parroquia de los Jerónimos. Me preguntaba el párroco en virtud de qué decisión se había hecho aquel entierro en su parroquia. Le contesté con claridad que así como cuando murieron mis padres llamé a un sacerdote porque ellos lo habían dispuesto, en esta ocasión no llamé a ninguno, por respetar la voluntad del muerto. La explicación bastó, aunque no a muchos de los que fueron al entierro les pareció que yo había hecho bien. Otros me defendieron: incluso católicos fervientes. Tengo la seguridad de que salvé a mi tío de una gran molestia física y de que sobre su memoria cayeran las ironías de los sermoneadores vulgares, que, como en otros casos, hubieran dicho: «Ahí tenéis en qué terminan las arrogancias de los impíos, las insolencias de los réprobos... Al llegar la hora de la muerte se les encoge el ánimo y, amedrentados, llaman a la Iglesia, etc., etc.» Esto, sobre ser vulgar, es desagradable. El cristianismo está por encima..., pero... (*Los Baroja*, p. 547).

Así termina el párrafo. Los puntos suspensivos son de Caro Baroja mismo. Quizá sobran los comentarios sobre la distancia que hay entre el cristianismo y la actuación de muchos cristianos. En cualquier caso, hay que destacar el hecho de que alguien con su talante básico (filo-pagano, tendente al agnosticismo...) sea capaz de hacer estas matizaciones.

#### 4. DESMINTIENDO LA “UNIDAD DE CREENCIA”

Dado que estas páginas quieren ser una «semblanza ideal», vamos a subrayar ahora uno de los ideales que encarna Caro Baroja. Se trata de una virtud intelectual que podríamos llamar *sentido de la complejidad* y que le hace reaccionar contra la manía de «destacar algo de un conjunto de partes, y ese algo considerarlo el motor, lo definitivo, lo más importante» (*Disquisiciones...*, p. 27). Los resultados de estas simplificaciones son poco más que una tautología: uno parte de su idea y en la realidad solo encuentra confirmaciones de tal idea.

Las grandes tautologías del siglo XIX y del XX las crearon hombres como Marx (lo más importante son los medios de producción, la economía) y Freud (el eje de la vida de los hombres y las mujeres es el sexo). Sexo por un lado. Economía por otro... y pare usted de contar<sup>(12)</sup>. He aquí las dos grandes llaves para explicarlo todo. Ahora bien, cuando una llave abre todas las puertas no se llama llave, se llama ganzúa, y es un instrumento mal considerado por la policía (*Disquisiciones*, p. 28)<sup>(13)</sup>.

A propósito de simplificaciones, es irresistible este otro párrafo, en el que Caro Baroja justifica su idea de que, en última instancia, una sola perspectiva (la psiquiátrica, en este caso) no basta para aclarar las personalidades de una época.

Muchos dicen: Dostoievsky era un epiléptico; pues sí, pero hay miles y miles de epilépticos que no son Dostoievsky. Santa Teresa de Jesús era una histérica; sí, pero mire usted cuántas histéricas hay que no son Santa Teresa de Jesús... Lo que hay que explicar es por qué esta o aquella per-

---

(12) Es discutible que la teoría freudiana sea «sexo, y pare usted de contar». Algo parecido se podría decir, quizá, del marxismo y la economía. Como siempre, hay que distinguir entre la riqueza de los grandes autores y la utilización fácil, simplificadora, que otros hacen de sus teorías.

(13) Hay que advertir que, solo para agilizar la exposición, en el fragmento reproducido se omiten unas frases en las que Caro Baroja pone el monoteísmo como primer ejemplo de explicación simplificadora (cf. *Disquisiciones...*, 28). En el segundo apartado, ya se ha reproducido un párrafo en el que Caro Baroja se considera a sí mismo «temperamentalmente» politeísta.



sona tiene esa genialidad humana última que las diferencia. Y esto con un diagnóstico de clínica no se arregla (*Disquisiciones...*, p. 151).

Frente a la forma simplificadora de ver y explicar los asuntos humanos, Caro Baroja muestra las complejidades de lo real. Y entre ellas, hay una que nos resulta de especial interés: la complejidad de nuestro pasado religioso, complejidad que desmiente la idea de una unidad religiosa española, («unidad de creencia», la llama en alguna ocasión). Esta unidad es una ficción, un elemento de cierta retórica político-religiosa de tipo conservador, detrás de la cual han existido intereses no siempre nobles. Dice Caro Baroja que el español, en general, ha vivido dominado por la idea «funesta» de la unidad (no solo religiosa); unidad que ha sido siempre más soñada que real (*Los Baroja*, p. 314). Lo que sí ha sido real son los abusos, las «persecuciones» llevadas a cabo en nombre de tal ensoñación.

Lo que durante mi vida se ha hecho en aras de la unidad es suficiente – sin hacer más indagaciones históricas– para que, donde encuentre un unitario, sea de tipo religioso, sea de tipo político, sea de tipo cultural, vea un enemigo declarado. Yo soy un defensor de la variedad, del matiz, de la excepción si se quiere (...). Para mí, nada hay más repugnante que la moral represiva de las sectas y partidos, unida a dogmas intangibles (*Los Baroja*, p. 314).

Caro Baroja estudió a fondo una serie de realidades históricas que desmienten el discurso sobre la uniformidad española. Para no alargarnos demasiado, vamos a referirnos solo a dos de estas realidades: el ateísmo y las diversas religiosidades (e irreligiosidades) de los siglos XVI y XVII. Pero hay otras: los moriscos, los judíos, las brujas, el anticlericalismo... También estos temas han sido objeto de estudio en algunos de los libros más conocidos de nuestro autor <sup>(14)</sup>.

---

<sup>(14)</sup> Podemos destacar: *Los moriscos del reino de Granada* (1957), *Las brujas y su mundo* (1961), *Los judíos en la España Moderna y Contemporánea* (1961) e *Introducción a una Historia Contemporánea del Anticlericalismo Español* (1980).

Ahora puede pareceros mentira, pero hay quien ha pretendido que *en España no hay ni ha habido ateísmo*. Pero sí que lo ha habido, aunque los «ateos» no siempre hayan usado esta palabra para referirse a sí mismos. Este es el tema de uno de los estudios reunidos en *De la superstición al ateísmo*. Ya en la Edad Media y en el Renacimiento constata Caro Baroja, no la existencia de «ateos» en el sentido estricto y actual del término, pero sí la pervivencia de posiciones «saduceas» entre los judíos españoles (*De la superstición...*, p. 246). Y es que, en la Edad Media y en el Renacimiento (y aun mucho después), el ateísmo viene a ser lo mismo que la negación de la pervivencia individual tras la muerte<sup>(15)</sup>; aunque también, en ocasiones, era lo mismo que el «epicureísmo», filosofía que muchos consideran el pensamiento «ateo» por excelencia<sup>(16)</sup>. Sin embargo, ya entonces se daba lo que podríamos llamar un «negacionismo»:

La cuestión del ateísmo se va perfilando a medida que pasa el siglo XVI y es curioso observar cómo hay filósofos que durante la segunda mitad escriben acerca de ella en términos generales con gran libertad, en Francia e Inglaterra, mientras que, en España, se sigue como ignorando el tema en términos generales, aunque se plantee de modo particular en líneas tradicionalmente conocidas: el ateísmo no debe existir, luego no existe, según el planteamiento tan típicamente oficial en esta península de que lo que no gusta al que manda no es «español»... (o «portugués») (*De la superstición...*, p. 251).

No hay por qué recordar ahora todo el recorrido que hace Caro Baroja por la historia del ateísmo en España. Lo que sí interesa es

---

(15) La secta judía de los saduceos negaba la resurrección. O así era, al menos, según el retrato que de ellos se hace en el Nuevo Testamento: «*Aquel día se acercaron a él saduceos, que niegan la resurrección, y le interrogaron...*» (Mt. 22, 23 ss.).

(16) Epicuro (341 a.C. – 271 a.C.) fundó la escuela que lleva su nombre. Asumió las posiciones materialistas del atomismo y propuso una ética hedonista. Pero, en rigor, Epicuro no niega la existencia de los dioses. Se limita a decir que estos no se interesan por los asuntos humanos. Por tanto, no hay que temer su arbitrariedad ni sus castigos. Continuator destacado del epicureísmo en la filosofía romana fue Lucrecio, que llegó a convertirse en otro referente fundamental del ateísmo más o menos explícito.

subrayar, una vez más, que este fenómeno desmiente toda pretendida «unidad de creencia» española:

Como se va viendo (y como ha de sostenerse siempre que se emplea la razón), lo de la «unidad de creencia» es uno de los varios pesadísimos sofismos que, gentes interesadas, manejan en ocasiones distintas para embrutecer o tiranizar. Ni en España ni en ninguna otra parte ha existido esta especie de unidad de colegio, aunque los que la proclaman hayan hecho de las suyas ayer y hoy y aunque a ideas de lo más elemental y ordinario hayan pagado tributo poetas y pensadores. (...) Podrá decirse que esta unidad se mantuvo como no se mantuvo en otras partes de Europa. Todos los que estudiamos con honradez la Historia de España sabemos la solemne y engolada mentira que se sirve de continuo al tratar de esto. Mentira con apariencia de verdad, apoyada en la estadística y sostenida por testimonios ajenos (*De la superstición...*, p. 257).

Pasemos ya a las diversas religiosidades (e irreligiosidades) de los siglos XVI y XVII. Este es el tema de *Las formas complejas de la vida religiosa* (1978) (17). Ciertamente, el tema se solapa con otros ya mencionados pues, obviamente, en este periodo hay ateos, anticlericales, criptojudíos, moriscos, acusaciones de brujería... Sin embargo, la realidad social de la religión en estos siglos hace que un estudio específico sobre ella sea muy importante, al menos por dos razones. La primera es que, en nuestro pasado reciente, ciertas retóricas y elaboraciones ideológicas han idealizado estos siglos (sobre todo el XVI), viendo en ellos, no solo una época dorada sino, además, una suerte de momento fundacional de una supuesta identidad político-religiosa de España. Tal es el caso del constructo ideológico conocido como «nacional-catolicismo» (18). En segundo lugar, esta época

---

(17) Julio Caro Baroja: *Las formas complejas de la vida religiosa (Religión, sociedad y carácter en la España de los siglos XVI y XVII)*. Madrid, Sarpe, 1985 (1ª ed.: 1978). El título del libro parafrasea a Durkheim, introduciendo un matiz crítico frente a la concepción de este sociólogo francés, el cual, en *Les formes élémentaires de la vie religieuse*, tiende a explicar la religión sólo por un elemento: su función de cohesión en la sociedad (y, por tanto, su función como factor de uniformidad).

(18) Muchos identifican «nacional-catolicismo» y dictadura franquista. Sin embargo, como relato sobre la historia y la supuesta identidad española, el nacional-catolicis-

es un tema específico por la particular pujanza que en ella tienen otros fenómenos, entre los que vamos a destacar dos: los alumbrados y la casuística (19).

Opina Caro Baroja que los Reyes Católicos representan el comienzo de la «marcha hacia una intolerancia total» en materia de religión. Aquí están «las raíces de un mal endémico en España», ya que esta pretensión de unidad era incompatible con dos principios: el de la «Libertad cristiana» y el de la limitación del «Poder eclesiástico». Ahora bien, la pretensión de unidad, y la consecuente intolerancia, es cosa del poder. En la realidad social, la de la gente común, Caro Baroja descubre abundantes ideas y prácticas dispares, heterodoxas unas y más o menos ortodoxas otras, mantenidas continuamente, en España, por «gentes oscuras... castigadas, es cierto, una y otra vez, pero con seguidores y herederos a lo largo de las generaciones» (*Las formas complejas...*, pp. 183. 187).

Entre estas gentes oscuras están los «alumbrados», categoría en la que se incluyen personas muy diversas, si bien Caro Baroja ve en todos ellos un rasgo común: la significación fundamental que dan a la «contemplación pura». Los alumbrados representan, precisamente, esos principios de libertad y de limitación del poder eclesiástico, que eran incompatibles con la política religiosa y la religión política dominantes. En efecto: los alumbrados consideran la religión como «algo fluido, sin un cuadro de instituciones rígidas de tipo eclesiástico». Por eso a la institución eclesial le inquietan las actividades de estas gentes oscuras (Cf. *Las formas complejas...*, p. 489). Otra cosa es que, como la realidad es compleja y diversa, el fenómeno de los «alumbrados» incluya también no pocos desvaríos

---

mo nace en el siglo XIX. Sobre el tema, se puede leer, de Santos Juliá, *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004.

(19) Hay otros factores de diversidad que Caro Baroja toma en consideración, pero no es este el lugar para referirse a todos ellos: estudia las diversas religiosidades que se dan en función del medio geográfico (rural o urbano), de la actividad económica, del oficio y, en la misma Iglesia, según el puesto que se ocupa en ella.

y fraudes, a los que era razonable poner coto. También a esto se refiere Caro Baroja.

Son abundantes los casos en los que la acusación o la sospecha de ser un «alumbrado» se dirige a personas insignificantes, hoy olvidadas, lo cual es indicio de una innegable realidad sociológica: la del pluralismo religioso *de facto*. Pero el asunto afectó también a grandes personalidades. Caro Baroja menciona a Ignacio de Loyola, Juan de Ávila, fray Luis de León, Teresa de Ávila y Juan de la Cruz. Esto por lo que se refiere al siglo XVI. En el XVII hay otro caso, especialmente interesante: el de Miguel de Molinos (1628-1696), gran exponente del «quietismo» <sup>(20)</sup>.

En cualquier caso, ni para los individuos anónimos ni para las personalidades conocidas se quiere admitir un posible cultivo de la vida interior sin apoyaturas de orden exterior. Luego, efectivamente, la condena de los alumbrados (ya sea formal o solamente «moral») es indicio de un «*temor* al exceso de actividad fuera del cuadro normal». Y, por lo que a nuestro tema se refiere, hay que insistir en que, ya se trate de gente anónima o de grandes personalidades, la existencia de los alumbrados (o simplemente de místicos objeto de sospecha), es otro de los hechos que impide afirmar una unanimidad en el sentir religioso español.

En cuanto a la casuística, el asunto es ciertamente curioso porque, con ocasión de este fenómeno, la ficción de la uniformidad no la hallamos en mentes de españoles torpes, de esos tan autocomplacientes como alejados de la realidad, sino en detractores de lo español, de

---

(20) A diferencia de lo que ocurrió con los anteriores (la mayoría fueron canonizados, tiempo después) Molinos sufrió un proceso (harto oscuro, por lo demás) que acabó en condena. Es interesante –Caro Baroja lo subraya– que, en la época, no faltasen esfuerzos por distinguir entre los alumbrados y los quietistas (con Molinos a la cabeza) por un lado y, por otro, los místicos finalmente aceptados por la Iglesia. Estos esfuerzos de distinción parecen partir del supuesto de que la mística «solo puede cultivarse dentro del estado eclesiástico regular», es decir, entre monjes y monjas (*Las formas complejas...*, p. 489).

aquí y sobre todo de fuera, que también necesitan su *ficción* uniformizadora, a fin de poder armar su crítica simplista.

La casuística fue una corriente de teología moral (concretada en numerosos tratados y manuales para confesores) que conoció un gran desarrollo, precisamente, en los siglos estudiados en el libro que venimos citando: el XVI y el XVII. Los casuistas se centraban en el análisis del caso particular, sin aplicar rígidamente los principios de la moral evangélica o patristica <sup>(21)</sup>. Se trata, asimismo, de un «probabilismo», pues los casuistas sostenían que una opinión probable, de entre las diversas que pueden mantener los teólogos, basta para justificar una acción, aunque con ello no se siga al pie de la letra lo que dice la Escritura, o los padres de la Iglesia <sup>(22)</sup>.

Pues bien, la casuística encontró una considerable oposición. Los que reaccionaron contra ella en el siglo XVII (se les llamará «rigoristas») tendían a verla como una suerte de maniobra jesuítica, útil en los tratos de esta orden con las clases dominantes: dicha doctrina les ayudaba a tranquilizar conciencias. Esta oposición a la casuística, la encarna el entorno jansenista de Port Royal y, sobre todo, el filósofo Blaise Pascal. Aquí está, según Caro Baroja, la causa principal de la mala fama que la casuística ha arrastrado desde hace siglos.

Sin embargo, cabe también la interpretación de la casuística como una reflexión moral que tiene en cuenta la complejidad de la vida real. Así, señala Caro Baroja que, como consecuencia del casuismo...

...los confesores italianos, españoles, austriacos, franceses, etc., tuvieron que reconocer, una y otra vez, que el mundo de los penitentes era una

---

(21) En el casuismo de esta época destaca el jesuita Escobar (1589-1669), con quien polemizó Pascal, ridiculizándolo en sus *Cartas provinciales*.

(22) El probabilismo se remonta al griego Carneades, jefe de la Academia en el siglo II a.C., pero más tendente al escepticismo que al platonismo estricto. Aunque el probabilismo cristiano posterior no coincide exactamente con estas doctrinas de algunos griegos antiguos, lo cierto es que está relacionado con ellas (cf. *Las formas complejas...*, p. 540-541). Como se verá más adelante, Caro Baroja se dice discípulo de Carneades.

selva; se trataba de personas con vicios y virtudes mezclados, unas arre-pentidas, otras dubitativas, otras medio simuladoras, otras habituadas a desviaciones particulares. Creyentes: lo que contaban era para cavilar. (*Las formas complejas...*, p. 542).

Así pues, por muy justificadas que puedan estar algunas críticas a la casuística <sup>(23)</sup>, no es menos cierto que esta, mirada con ecuanimidad, se revela como un intento de adentrarse en la complejidad de lo real e, indirectamente, acaso nos pone en camino de percibir la *carencia estructural de la ley y de la enseñanza normativa en los casos singulares* <sup>(24)</sup>.

Caro Baroja tiene el mérito de estudiar la casuística sin prejuicios, de modo que nos ayuda a percibir que esta contiene elementos de lucidez. Sin embargo, la campaña de descrédito de Pascal y los janse-nistas –es también Caro Baroja quien insiste en ello– tuvo bastante éxito, sobre todo a medio y largo plazo (cf. *Las formas complejas...*, pp. 542-543).

Pero no olvidemos lo que en realidad nos interesa de todo esto: Caro Baroja niega que haya algo así como un *carácter nacional*, y que el catolicismo (entendido de forma más o menos monolítica, a la española) sea parte esencial de dicho carácter. Y las interpretaciones de la casuística tienen que ver con esto, pues hay, además de los rechazos ya mencionados, otros que vienen a decir que, frente al

---

(23) Independientemente de las críticas planteadas por los rigoristas del XVII, el término «casuística» ha tenido, con frecuencia, connotaciones negativas: sirve para referirse a un moralismo legalista, que descende a la regulación de detalles insignificantes, en perjuicio de otra moral –mucho más deseable– centrada en las actitudes, en los proyectos de vida, etc. Pero esta crítica, que quizá no ande desencaminada, no es la que más nos interesa aquí.

(24) «Si consideramos el caso de un hombre concreto en un momento dado de su vida, la ley y la doctrina son de una índole demasiado general...» (Marcel Légaut: *Llegar a ser uno mismo*, AML, 2012, p. 48). También podemos recordar la reflexión sobre las *exigencias íntimas*: la fidelidad exigida por determinadas circunstancias «conduce a juicios, decisiones y compromisos que ya no tienen el carácter genérico que revisten en condiciones ordinarias, con ocasión de la ley» (Marcel Légaut: *Interioridad y compromiso*, AML, 2000, p. 39).

ascetismo protestante, la casuística forma parte de todo un complejo carácter moral, tendente al laxismo, que definiría al país y que sería la causa de su decadencia y su atraso. Caro Baroja aporta datos contra esta interpretación, construida sobre una utilización pobre y simplista de las tesis de Weber acerca de la relación entre el protestantismo y el capitalismo. Y concluye:

Pienso ahora que, en efecto, hay una relación entre el capitalismo y la ética de origen religioso o fundada sobre la religión; pero también que la religión, en sí misma, no «prefigura» la posición del hombre de negocios en sus empresas tanto como se dice. Porque el capitalista eficaz o eficiente y pío, fundador de instituciones benéficas, etc., podrá ser calvinista o cuáquero en tal país y tal época, de acuerdo con lo que se nos cuenta en grandes y celebrados libros. Pero también cristiano nuevo del tiempo del emperador, castellano viejo del de Felipe II o navarro de la época de Felipe V y sobre esto católico a machamartillo.

Por otra parte, caracterizar a un país entero por una forma de interpretar la ética desde el punto de vista religioso es abuso manifiesto. El probabilismo, y tras él el laxismo, se nos dice, son creaciones de teólogos españoles... luego España sufre las consecuencias de la doctrina detestable más que ningún otro país. No señor. (...)

Ni en España dominó por entero la moral laxa (y, por tanto, no pueden atribuírsele a esta las derrotas y decadencias que experimentó el país en conjunto), ni tampoco fue dominio indiscutido de rigoristas, como lo eran los dominicos. La derrota vino por su lado; de donde vienen casi todas (*Las formas complejas...*, pp. 569. 589).

## **5. LOS “FUNDAMENTOS PRIVADOS” DE LA VIDA RELIGIOSA**

En la última página de *Las formas complejas de la vida religiosa*, Caro Baroja se refiere a las raíces biográficas de su rebeldía ante las pretensiones de uniformidad. En efecto, percibe en sus trabajos un «interés predominante»: las minorías étnicas, los grupos oprimidos y las personalidades «más bien oscuras». Explica así las motivaciones de este interés:

No hace mucho, Michel de Certeau, el brillante teólogo e historiador francés, me preguntó la razón de esta tendencia. Hube de explicársela en función de dos raíces hondas. La más vieja y vital en un momento la



hallo (...) en mi vida primera dentro del país vasco, con sus problemas específicos, y en mi contacto con la vida rural a la antigua. Otra raíz que ahora queda más vigorosa, pero que arranca del mismo nivel, la encuentro en mi reacción constante, mantenida, contra los tópicos de la retórica política unitaria española (...).

La repugnancia por estos tópicos, con fuerza coercitiva desde la escuela, puede producir reacciones varias; entre ellas la mía, condicionada por cerca de cuarenta años de lectura de lo que en jerga periodística se llamaban, hace tiempo, «reóforos»: tópicos manejados por la gente de inteligencia más roma o torpe que cabe imaginar, con el poder mayor que cabe imaginar también.

Tópicos embrutecedores e hijos de la Ira y de la Confusión; servidores de la Tiranía. Luchar contra ellos me pareció una buena misión de historiador, libre y liberal, en una época de arcaísmo político tan desgraciada como la que hemos vivido, a causa precisamente de la «unidad» o las «unidades». Demostrar que, históricamente hablando, hasta en el cristianismo como tal no existe la pretendida «unidad», y, en consecuencia, tampoco en el catolicismo español, ha sido mi empeño final, al componer este libro, que considero escrito por un hombre de buena fe, discípulo de Carneades más que de otro pensador antiguo, si no es de Heráclito el oscuro, en lo que de él entiendo. Un libro en el que confío que los que lo lean también de buena fe no verán ataque alguno al sentimiento religioso del hombre, ni soberbia alguna tampoco, sino una defensa de la libertad de interpretar la religión pensando en el yo íntimo y en la sociedad que nos dio ser (*Las formas complejas...*, p. 625).

De ahí la negación de que exista o haya existido un «carácter nacional»; de ahí la insistencia en que una cosa es el *todos* proclamado «desde las alturas del poder» y otra cosa es la realidad; de ahí la importancia de estudiar la pluralidad de las religiosidades en aquellos siglos que algunos consideraron momento fundacional y definidor del pretendido carácter nacional.

No es, pues, de hoy la confusión entre este «todos», proclamado no desde las alturas del intelecto, pero sí desde las del poder, con la realidad. Un «todos» que rehuirá la comprobación mediante sufragios, etc., que, no obstante, se considerará como expresado en manifestaciones y

«nacionalmente característico». Miserias viejas, consideradas como hallazgos nuevos y que arrancan de una confusión (...).

La idea de que existe un «carácter nacional» se relaciona mucho con la existencia de un estado (...). Es la posición y fuerza exterior de España la que configura los varios retratos del *español* que se hacen fuera y dentro en distintas épocas. La vida interna no contribuye demasiado a perfilar esta imagen, contra lo que algunos pretenden; porque interiormente hay que tener en cuenta disarmonías y diferencias de clases, variaciones y aun hostilidades de pueblos, oposición de opiniones entre intelectuales, etc. La fuerza exterior da una apariencia de cohesión, que se esfuma cuando sobreviene una debilidad, exterior también. La cohesión de las clases que triunfan (militares, funcionarios, alto clero, etc.) es el indicador nacional.

No cabe duda de que, durante el siglo XVII, una mezcla de ensimismamiento y de endiosamiento paletil [sic.] domina en las alturas, como ha dominado también en largos años de nuestra vida, durante los cuales el «programa» era, en parte, volver a la España de los Austrias, la «España imperial», de acuerdo con una visión simplista y totalitaria de aquella, propia de textos de segunda enseñanza, tan elementales como mentirosos, o de discursos de gente con tanta fuerza ejecutiva como mediocridad mental (...).

No se llega a hundir la totalidad de la vida religiosa por milagro; por milagro o porque esta tenía unos fundamentos «privados» tan sólidos que podía resistir a todo; con posibilidades de ciertos remozos internos de evidente originalidad, dígame lo que se diga o se haya dicho (*Las formas complejas...*, pp. 591-592).

Así pues, si la vida religiosa sobrevivió a tanta miopía y a tanto afán de uniformidad, fue por sus fundamentos privados y por una serie de originales remozos internos. De estos fundamentos privados, y de la originalidad de los futuros remozos, depende el porvenir del cristianismo, más que de cualquier otra cosa. Gracias a esta base humana, y a múltiples iniciativas, personales y discretas, el futuro del cristianismo no correrá peligro en una sociedad compleja, sin «unidad de creencia» y sin religión política.